

Danza de la última pirámide

(Premio Castilla-La Mancha de Teatro, 1991
a *Danza de ausencias*,
conjunto de monólogos en el que se incluyó esta pieza)

Jesús Campos García

Salón de palacio, con muebles de distintas épocas. En pie, DOÑA CAROLINA, Marquesa de Tejón, con sus setenta años bien erguidos, viste un vestido antiguo muy escotado. Frente a ella, su ADMINISTRADOR, de avanzada edad, enjuto, encorvado y un punto siniestro, se cubre con un abrigo grueso y ciñe al cuello una bufanda.

DOÑA CAROLINA

No me replique. (*Pausa.*) No me replique. Le digo que hay que hacerlo y hay que hacerlo. La demolición debe comenzarse de inmediato. Y no le dé más vueltas. En el momento en que estén instaladas las cruces y veletas, al instante, debe comenzarse el desmantelamiento. Yo... agradezco, digamos, su interés, pero no es asunto de su incumbencia. Sé que mi marido habría tenido en consideración su consejo; me consta que gozó usted de la confianza de su familia, como goza hoy de la mía... en cierto modo. Pero al igual que en las veces anteriores, vuelve usted a oponer resistencia. Y sé perfectamente lo que ocurre. Conozco sus temores. Estoy al corriente del riesgo que comporta la situación; soy consciente de las dificultades, y aun así, estoy decidida a afrontarlas.

El ADMINISTRADOR sube unos peldaños y se acerca al arcón, lo abre, coge un lienzo blanco y camina hacia una silla.

DOÑA CAROLINA

Tengo muy presentes los servicios que tanto usted como su familia han prestado a esta casa. Huelga, por tanto, toda consideración sobre lealtad, desinterés,

abnegación y demás cualidades que le honran y que nadie le discute. No dudo de la buena intención de su consejo; lo que ocurre es, simplemente, que no se lo he pedido. Su puesto de Administrador de Vidas y Haciendas le faculta para eso, para administrar; pero nada más. Así que, téngalo en cuenta: no estoy dispuesta a consentir que discuta mis decisiones; máxime cuando, como en este caso, se trata de una decisión irrevocable. Y le advierto que su comportamiento está empezando a incomodarme pero que muy seriamente. En todo este asunto, su actitud ha sido reticente, nada considerada. Siempre puso objeciones al proyecto; ha estado continuamente entorpeciendo, obstaculizándolo: en cada detalle, a cada momento. Y no sólo durante las distintas fases de la construcción, sino también, y muy especialmente, durante su demolición y desmantelamiento. No crea que no lo he notado.

El ADMINISTRADOR, que ha desdoblado el lienzo, lo extiende parsimoniosamente sobre la silla y vuelve hacia el arcón.

DOÑA CAROLINA

Tanto las veces en que le ordené reemprender las obras, como en las ocasiones en que consideré más conveniente su demolición, usted siempre encontró el modo de mostrar su disconformidad. Sí, ya, ya conozco sus argumentos y entiendo que, desde su punto de vista, eso sea lo lógico; pero no es su punto de vista el que tiene que prevalecer, sino el mío. Sus objeciones son técnicamente impecables; usted enjuicia el asunto desde su óptica y partiendo de unos supuestos estrictamente económicos, y ahí, precisamente ahí es donde radica su incapacidad para opinar sobre este tema. Sus motivaciones están faltas de altura, de visión política.

A través de las paredes inexistentes, observamos un paisaje nevado. El ADMINISTRADOR se detiene y la escucha.

DOÑA CAROLINA

Y no pretenda ver en esto ninguna connotación peyorativa, pero su opinión corresponde con justeza al razonamiento que puede esperarse de un administrador. Sus puntos de vista están faltos de grandeza, de generosidad, de sentido histórico. Lo que para usted es una cuestión que se resuelve en libros de contabilidad, para mí es la antesala de la Historia. Mi visión del problema va más allá de la simple conservación del patrimonio familiar. Y no crea que no me resulta doloroso desprenderme de fincas y regalías, de rentas y usufructos, de todo lo que durante siglos ha pertenecido al Marquesado.

El ADMINISTRADOR toma dos nuevos lienzos del arcón.

DOÑA CAROLINA

Le consta que cada vez que ha sido necesario pasar por el trámite humillante de la venta, he sufrido el ultraje en lo más íntimo, sin escatimar generosidad ni sacrificio de ningún tipo. Y no sólo al vender los cotos de Sierra Morena o al subastar los regadíos del Guadiana, por citar los expolios más dolorosos; usted sabe muy bien que cada pequeña huerta de hortalizas sacrificada al proyecto, cada propiedad desgajada del patrimonio, la he sentido en mi cuerpo como una amputación. Mientras usted se limita a reflejar en asientos contables el avance implacable de mi ruina, yo la sufro en lo más recóndito de mi ser. Y entiendo, claro que entiendo su preocupación; usted, por el contrario, nunca podrá entender la naturaleza de mi dolor. ¿Sabe lo que significa...?

El ADMINISTRADOR deja un lienzo en la banqueta.

DOÑA CAROLINA

¿Puede imaginar el infinito vacío que se produce en lo más íntimo del joyero cada vez que se pignora una esmeralda o un camafeo, teniendo la certeza de que el final de tan arriesgada operación financiera será malvender la papeleta entre usureros y comerciantes de rapiña? ¿Se figura lo que supone decir adiós para siempre a una diadema que llevamos siglos asegurando que nos la regaló la emperatriz de las Rusias Occidentales? ¿Puede imaginar la humillación que soporto estoicamente, al verme reducida a manipular los alimentos con cubertería de acero inoxidable? ¿Acaso cree que no me preocupa saber que sanguijuelas y prestamistas me acechan y me espían desde todos los horizontes y otras lejanías de ocultarse?

El ADMINISTRADOR cubre un "tú y yo" de brazos torneados.

DOÑA CAROLINA

Sé perfectamente qué es lo que puedo esperar de su comprensión: nada. Su único desvelo es recordarme, como una afrenta, la alarmante situación financiera. Fíjese, fíjese en su indumentaria; podría presentarse ante mí sin ese engorroso abrigo, sin ese impertinente abrigo lleno de... de... de insolencias y acusaciones. Podría ir a traje descubierto, pero no: usted procura recordarme a cada momento que estamos en invierno; que estamos en invierno y sin paredes.

Si hay algo que jamás me ha perdonado, es que

vendiéramos las paredes. ¿Se imagina que para mí las paredes no significan nada? ¿Cree que soy insensible al rigor del invierno? Pero aquí me tiene: escotada, heroicamente escotada; como si andáramos sobrados de calefacción. No quiero, no puedo, no estoy dispuesta a renunciar a la compostura por haber tenido que prescindir de las paredes. Bastante doloroso fue desmontar la cantería, desgajar los sillares, descuartizar los emblemas, malvender la heráldica de los sobreportales; para también tener que admitir que nos penetra el frío y el ojo del curioso. ¡Me niego! ¡No soy vulnerable a las miradas transeúntes! Y si gentes de a pie se acercan a observarme, no advertirán en mí desdoro ni titubeo. A usted, en cambio, le falta tiempo para sonreír, para saludarlos con la mano, para permitirse familiaridades que me avergüencen y me confundan. No sólo hace evidente que estamos expuestos a la mirada campesina, no sólo posa para los turistas, sino que además, camina por las estancias de palacio con la bufanda y el sombrero, tiritando y estornudando, con una insolencia inadmisibile. Es más, los días de lluvia, sepa que lo he visto, se permite abrir el paraguas; sí, abrir el paraguas a mis espaldas. Su comportamiento es una acusación. Ni entiende ni perdona el amor, la dedicación, el éxtasis con que invierto todo mi esfuerzo, todo mi entusiasmo, y lo que para usted es, sin duda, mucho peor, todo mi dinero, en la construcción del glorioso mausoleo, del mausoleo inmortal. Abierta o taimadamente, de su gestión sólo se han derivado torpezas cada vez que he requerido el concurso de artistas y artesanos exóticos. Estoy enterada de que me tiene en lenguas, que me difama en la taberna, que seguro usted frecuentará; sé que critica el que haya vendido cañerías y sanitarios para pagar al artífice que esculpió las nervaduras de la cúpula celestial. ¿Pero qué suponen cuatrocientos cincuenta kilogramos de plomo al lado de un festoné de piedra en arcos conjugados a cero coma setenta y siete kilómetros quince centímetros sobre el nivel del mar? No, su opinión no me sirve, porque usted ni ama el mosaico bizantino ni se deja iluminar por las vidrieras emplomadas; usted es insensible a la talla policromada, a la plata repujada, al bronce pavonado. Sí, al bronce pavonado. Yo levitaré a hombros de ángeles fundidos en bronce pavonado, ángeles voladores que me elevarán en triunfo sobre la muerte devastadora.

Sobre la contrariedad en el rostro del ADMINISTRADOR, DOÑA CAROLINA se abre triunfante, dominando la situación.

DOÑA CAROLINA

No, no se sorprenda, sé todo lo que piensa, siempre lo he sabido. Usted odia el glorioso mausoleo porque sabe que el destino de los administradores, su destino, es desaparecer; mientras, por el contrario, los aristócratas, y yo entre ellos, permaneceremos. Lo entiende ¿verdad?, hasta ahí lo entiende; no lo aprueba, pero lo entiende. Lo que escapa a su lógica, lo que le sobrepasa, no es la construcción del mausoleo invencible, sino mi decisión de destruirlo cada vez que la obra llega a su fin. No puede comprender que agote mi fortuna en erigir, una y otra vez, el monumento histórico de mi muerte, y que al culminar con la coronación de la veleta, comience, sin pausa y sin descanso, el desmantelamiento de la obra. Le desconcierta que invierta el signo del esfuerzo y ponga toda mi energía en la devastadora demolición hasta dejar el terreno rasante y desolado.

El administrador continúa cubriendo los últimos muebles.

DOÑA CAROLINA

Me consta que entre los visitantes y turistas, entre las gentes de excursión que me contemplan, ha corrido la voz de que estoy loca. Todos los visionarios de la Historia oficiaron de locos, así que no me importa. Nada como la locura para pisar con firmeza los caminos de la eternidad. Otros, mejor intencionados, piensan que tanta construcción y destrucción es un pretexto para dar de comer a los obreros, que soy la aristócrata generosa que construye y destruye su privadísima iglesia-catedral alentada por motivos socioeconómicos. ¿De verdad me cree tan marxista-leninista? Frío, frío, frío. No, no es por ahí. Nadie sospecha —y usted menos que nadie—, nadie imagina, nadie acierta a entender por qué alto motivo arruino mi hacienda en este frenesí de la albañilería. ¿Quiere saber por qué? (*Ríe.*) ¿Le intriga?

El ADMINISTRADOR detiene su tarea.

DOÑA CAROLINA

¿Qué daría por saberlo? ¿Dejaría por fin la letanía de los números rojos y deudores? ¿Sería capaz, al menos, de dejar el abrigo colgado en el perchero? Por tener la certeza de que jamás volverá a estornudar, sería capaz de explicárselo todo. Me agota su reproche incesante, su acusador escalofrío. Tiene que prometerme que jamás me dará consejos negativos y sólo por un segundo le mostraré el secreto; un segundo sólo, y deberá olvidarlo de inmediato. Chis... Nadie debe saberlo; yo misma me lo oculto para mayor seguridad.

El ADMINISTRADOR se acerca, dando a entender que se aviene al acuerdo.

DOÑA CAROLINA

Recuerde: nada de nada a nadie. Un pacto de silencio. Entra usted en el secreto y cesa en la discordia. Ni a mí debe decírmelo.

Juntos, antes de hacerle la confidencia, miran a todos los lados.

DOÑA CAROLINA

Tejiendo y destejiendo mausoleos, convertida en la Penélope de la piedra, voy burlando la muerte durante el transcurso de los siglos. ¡Me sobrevivo en la continua transformación! ¿No ha visto sus sudarios cómo acechan?, ¿como extienden helada su lámina de nácar?, ¿no siente cómo el viento convierte las rendijas en puñales?

Los muebles quedan cubiertos por los lienzos.

DOÑA CAROLINA

Sus uñas, sus punzones, sus agujas, desde el primer momento me persiguen, me acosan, me atenazan. ¡El océano blanco! ¡No! ¡Me niego a naufragar! Cuando la muerte llegue y me visite, yo estaré entregada a mi tarea. Tengo que estar tejiendo y destejiendo sin descanso. Nunca desprevenida. No me sorprenderá en el desaliento. Desalentar sería... como ofrecer la herida para que se acomode la enemiga.

DOÑA CAROLINA acusa el cansancio y se sienta en el canapé.

DOÑA CAROLINA

Apremia destruir. Colocar la veleta y sin que gire, sin dejar que señale la dirección del viento y de la muerte, destruir sin descanso. Desmantelar la Historia. Demoler la memoria. Arrasar el pasado. Dejar la vida en blanco, desnuda y por hacer.

El ADMINISTRADOR toma un lienzo.

DOÑA CAROLINA

¿Lo entiende? Ya sabe mi secreto ¿Quiere aún que repare en medios de fortuna? Conmigo se consume mi riqueza. ¡Incendios! Incendios necesito para escapar del frío, y usted va y se entromete con sus cuentas contables presagiando ruinas donde sólo hay victorias.

El ADMINISTRADOR desdobra el lienzo. Se aproxima a DOÑA CAROLINA.

DOÑA CAROLINA

Usted me desmorona los impulsos, me agrieta las ideas. Usted me maniatada, me reduce. Con usted la ruina es un cuchillo.

DOÑA CAROLINA se recuesta.

DOÑA CAROLINA

Antes de que se hincque la veleta en los cuatro dolores cardinales. Antes de que se quiebre el equinoccio de marzo y de septiembre. Antes que la paloma y el jazmín asesino. Antes que atesorar los arrayanes. Alfileres de agua...

Y el ADMINISTRADOR extiende el lienzo y cubre su voz quebrada.

Seguida de DON CARLOS, RAMÓN y LUISA, que caminan ensimismados, LA MUERTE danza al son del tambor que toca EL ESQUELETO.

Al pasar junto a DOÑA CAROLINA, EL HOMBRE DEL SACO, que ha vuelto a hacerse con su carga de osamentas, retira el lienzo que la cubre, y DOÑA CAROLINA se incorpora a la comitiva de la Santa Compañía, que se aleja.